
Capítulo XXIV.

Ceremonias fúnebres

Al día siguiente desde muy temprano se dió comienzo á la solemne ceremonia con que los mejicanos condujeron al sepulcro los restos del emperador Motezuma.

Hernan Cortés supo por los espías, que habian comenzado á refugiarse mejicanos con armas en el templo de Huitzilopochili, y por lo que pudiera suceder, permaneció encerrado en el cuartel, tomando todas las medidas para evitar una sorpresa.

El nuevo emperador Quetlahuaca dispuso que se condujese el cadáver de Motezuma al templo mayor, para que allí los aromas con que incensaban á los ídolos le purificasen de los errores en que habia incurrido en los últimos instantes de su vida, y le pudiesen en condiciones de recibir los honores fúnebres

que se dispensaban á los emperadores de Méjico.

Esta ceremonia tenia tambien por objeto facilitar á los mejicanos que debian ocupar el templo el medio de quedarse en él sin que se sospechara su presencia.

En efecto; despues de haber quemado aloe y de otras varias ceremonias, se alejó la comitiva del templo, los teopixques cerraron las puertas y acompañaron el cadáver del emperador.

Iba este con todas sus insignias y una gran parte de sus joyas, en unas andas conducidas por ocho mejicanos de la familia del emperador

Detrás, presidiendo el cortejo fúnebre, iba el príncipe de Iztacpalapa con los altos dignatarios de la córte.

Seguian los guerreros más afamados, y cerraban la marcha multitud de mejicanos

Sus mujeres y sus hijos no habian vuelto todavía de la montaña, razon por la cual no podia asistir al entierro.

Los teopixques formaban tambien parte de los que presidian la comitiva.

Uno de ellos llevaba una copa de plata, y los demás maderas odoríferas.

El gran sacerdote llevaba una tea ó caoba encendida, y á su lado dos indios tamenes conducian una pira.

La costumbre que por entonces habia en Méjico era quemar los cadáveres y depositar los restos en urnas ó vasos sagrados.

Antiguamente se habian enterrado los cadáveres enteros.

Cuando esto sucedia, los colocaban en las tumbas sentados y adornados con sus mejores galas.

La comitiva debia llegar hasta un templo destinado exclusivamente á la quema de los cadáveres.

Desde allí los comisionados por el principe de Iztacpalapa eran los que debian conducir la copa de plata en donde iban á depositarse las cenizas de Motezuma, al volcan de Chapultepek, considerado como tumba de los tiranos.

Llegó el fúnebre cortejo con el más profundo recogimiento hácia el teocalí de la cremacion, ó quema de los cadáveres, y allí, con gran solemnidad, se colocó la pira y encima de ella las maderas odoríferas que debian carbonizar los restos de Motezuma.

El gran teopixque encendió las maderas con la tea, y acto continuo colocaron el cadáver encima los mismos teopixques.

Entonces empezó la ceremonia de la despedida.

Presentáronse primero los bufones de Motezuma, y despues de hacer una reverencia á su cadáver con el rostro muy compungido, volvieron el rostro al principe de Iztacpalapa su nuevo emperador.

Pero en aquel momento, á la tristeza sucedió la alegría.

Se despedian del amo antiguo, y saludaban con humildad al amo nuevo.

Continuaron despues pasando por delante del cadáver que se quemaba todos los que formaban la ser-

vidumbre del emperador, los empleados de las fábricas de armas, de las casas de fieras, de los jardines.

Siguieron despues ejecutando la misma ceremonia los altos dignatarios de la corte, los consejeros y los jefes del ejército mejicano.

Despues tocó el turno á los parientes de Motezuma, á su antiguo ministro Guacolando y al mismo Quetlahuaca.

En presencia de este se recogieron las cenizas de Motezuma, se depositaron en la copa, y acto continuo se entregó á los encargados de conducirla al volcan.

Mientras esta ceremonia tenia lugar, los pintores del imperio, que como recordarán nuestros lectores, eran muy diestros en el arte de copiar lo que veian, reprodujeron la escena que tenia lugar.

Los encargados de conducir las cenizas á su última morada partieron, y el principe de Iztacpalapa, viendo que los españoles no habian caido en el lazo que les habia tendido, celebró aquella noche un consejo con los notables del imperio.

Antes de la hora en que debia reunirse con ellos recibió un mensaje de Hernan Cortés.

Diego de Orgaz, con cien españoles, llevando por intérprete á Aguilar, se presentó al nuevo emperador para reconocerle en nombre de su jefe, y rogarle que enviase embajadores para tratar con los españoles acerca de la paz.

El principe Quetlahuaca aplazó su respuesta para el siguiente dia, proponiéndose dar cuenta de aquel

mensaje á los notables para deliberar con ellos.

El odio que sentian los mejicanos hácia los españoles habia llegado á tal extremo, que las proposiciones de Hernan Cortés fueron desoidas y despreciadas en medio de la mayor indignacion.

—No queremos la paz,—gritaron todos;—la guerra, una guerra exterminadora, es lo único que puede proporcionarnos la paz que ambicionamos.

Así pues, la respuesta que debemos dar á los españoles es ir de nuevo á acometerlos en su mismo cuartel.

A pesar de dominar este espíritu en la asamblea, el nuevo emperador dijo á los que allí estaban reunidos:

—Se nos presenta una buena ocasion de conocer la situacion en que se hallan nuestros enemigos y los mejores medios de atacarlos.

Vay á nombrar la embajada que quieren para oír sus proposiciones. Pero la verdadera mision de los que vayan á cumplir este encargo será averiguar las posiciones que ocupan, los elementos con que cuenta para resistir, y los recursos que debemos emplear para exterminarlos.

Aceptada esta determinacion, fueron designados para llevarla á cabo Guacolando, Olonhet, rey de Cinthal, y Huitpozili, jefe de las tropas del cacique supremo de Malpacingo.

Al dia siguiente, con gran pompa, se presentaron muy temprano en el cuartel.

Los embajadores llevaban cada cual en la diestra

una flecha con la punta hácia bajo, lo que indicaba que iban de paz.

Recibidos por Águilar, los condujo este á la presencia de Hernan Cortés, quien rodeado de todos sus capitanes, les dió audiencia.



Capítulo XXXV.

Donde Cortés propone la paz, y los mejicanos la rechazan.

—Os he llamado,—les dijo Hernan Cortés,—por que las circunstancias han suscitado entre nosotros complicaciones que deben terminar por la paz ó la guerra.

—Traemos orden para escucharos.

—Hablad,—dijo Guacolando.

—No ignorais,—prosiguió Hernan Cortés,—el objeto de mi venida á Méjico; tampoco ignorais la admistad que me ha profesado Motezuma y los sacrificios que le ha impuesto esta amistad.

Pero no hablemos de ello. Dispuesto estoy á perdonaros, á renunciar á la justa venganza que debia tomar por los atropellos que habeis cometido con nosotros.

Yo me alejaré de Méjico con mis soldados para dejaros tranquilamente fundar el nuevo reinado que necesitais. Pero es preciso que reconozcáis, ó por lo ménos que reconozca vuestro soberano, todos los actos de Motezuma.

Nosotros partiremos si Quetlahuaca acata la voluntad de su antecesor, y reconoce que el imperio de Méjico pertenece de derecho al rey de España, por ser descendiente del gran Quetzalcoal.

Esta proposicion indignó á los embojadores de Quetlahuaca.

—¿Qué idea has formado de nosotros?—exclamó Guacolando.—¿Has creido que por que el desgraciado Motezuma fué débil y abdicó en su soberanía; que por que desoyó los clamores de su pueblo, y consintió ser vuestro esclavo, los mejicanos y su nuevo jefe han de seguir tan indigno ejemplo?

Estais equivocados

Nosotros, mejor informados que Motezuma por los mismos augures, sabemos que no sois descendientes de Quetzalcoal, sino unos ambiciosos que aspirais á usurparnos nuestra independenciam, á considerarnos como vuestros esclavos.

Eso no sucederá nunca.

Quetlahuca vengará á Motezuma, vengará al pueblo mejicano, y no hay uno sólo entre nosotros que no esté dispuesto á derramar hasta su última gota de sangre por la independenciam de la patria.

Así pues, si quereis evitar la guerra, si quereis salvar la vida de vuestros soldados, partid inmedia-

tamente; por que de lo contrario, ahora que ya no tienen los mejicanos ninguna consideracion que guardar, ahora que al reducir á escombros, si es preciso, este palacio, están seguros de que no han de coger en él á su soberano, caerán sobre vosotros como jaguares, y no habrá piedad ni compasion para ninguno.

—Ved lo que haceis,—repuso Hernan Cortés;— porque á mi vez tampoco tengo ninguna consideracion que guardar, y puedo convertir la ciudad de Méjico en un monton de ruinas.

—Sea en buena hora, sino teneis que hacernos otra proposicion, nos alejamos.

—¿No quereis la paz?

—No.

—Pues bien; lucharemos, y de antemano os doy una gran prueba de mi generosidad, porque no os encadeno y os pongo delante de la boca de mis cañones. Los embajadores partieron, y Hernan Cortés, volviéndose á sus capitanes:

—Ya lo habeis oido,—les dijo;—no nos quedan más que dos caminos: ó la lucha, ó la fuga. La fuga es indigna de nosotros, la lucha es difícil; sin embargo, sé por mis espías que los soldados más aguerridos del imperio se han refugiado en el teocali de Huitzilopochili, y es necesario apoderarnos de ese templo.

—¿De qué modo?

—No lo sé; á los soldados españoles no hay que decirles cómo se llevan á cabo las proezas, sino guiarlos donde puedan ser héroes para que lo sean.

—Por nuestra parte, estamos dispuestos á luchar y á morir antes que volver la espalda al peligro.

—Pues eso es precisamente lo que yo quiero.

Dad inmediatamente las órdenes para que se formen todas las compañías.

Escobar formará la vanguardia. Detrás Pedro de Alvarado y Diego de Orgaz apoyarán á los soldados de Escobar y procurarán á toda costa apoderarse del templo.

Yo, con el grueso del ejército y con los tlascaltecas, completaré la expedicion.

Si conseguimos destruir á los mejicanos que se hallan en el templo, podremos con esta victoria retirarnos á esperar mejores dias, porque la verdad es, señores, que hoy por hoy es de todo punto imposible realizar nuestro plan.

Con rapidez eléctrica se reunieron las compañías, arengaron los capitanes á los soldados, y se dispusieron á salir del cuartel.

Dejó Hernan Cortés bastante guardia para evitar que pudieran apoderarse de su asilo los mejicanos, y con todas las precauciones necesarias para no emplear fuerzas en estériles escaramuzas, puso en movimiento sus tropas para dar el ataque al templo de Huitzilopochili.

Habia entre los soldados uno muy respetado y muy querido.

Llamábanse el astrólogo, y teniale por muy dudo en el arte de adivinar el porvenir.

Su carácter le había hecho simpático á todos sus compañeros y á sus jefes.

En el momento en que debía salir en la compañía de Pedro de Alvarado, á que pertenecía, le llamó Hernan Cortés.

—Botello, ven aquí.

El soldado á quien llamaban por apodo el Astrólogo tenía aquel apellido.

—¿Qué quereis, señor?

—¿Qué te parece de la empresa que vamos á realizar?

—Que es muy difícil.

—Pero, ¿saldremos bien de ella?

—No sé por qué me dá tristeza hablaros.

—¿Qué me quieres decir?

—No os prodigéis en el combate.

Hernan Cortés le miró sorprendido.

—¿Luego hay algun signo que te indica que corre peligro mi vida?—le preguntó despues.

—Veo muy negro el horizonte, y os aconsejo, por que sabeis que os quiero bien, que no os arriesguéis como en otros combates. En la guerra se aprende mucho, y hemos luchado tantas veces con los mejicanos, que algo deben de haber aprendido de nosotros. ¿Os acordais de la última salida que hicimos cuando buscásteis al jefe de ellos y luchásteis con él cuerpo á cuerpo?

—Sí.

—Pues ellos, apenas vieron en tierra á su jefe, corrieron amedrentados. No sé por qué se me ha me-

tido en la cabeza que sus mayores deseos son hoy seguir vuestro ejemplo.

«Si destruimos al jefe de los españoles, estos huiran como nosotros,» se han dicho.

No nos conocen, y por lo tanto, si tal hicieran, no quedaria uno sólo vivo; pero os repito que me parece que hoy vá á sucederos algo malo.

El soldado partió.

Marina oyó las palabras del Astrólogo, y conociendo que Hernan Cortés no le permitiría que le acompañase en tan arriesgada empresa, disfrazándose con el traje de uno de los soldados que se habían quedado en el cuartel, se confundió entre los que formaban parte de las fuerzas á las inmediatas órdenes del caudillo.

La lucha de aquel dia debía ser sangrienta, espantosa.

Asistamos á ella.